

## ISAIAH BERLIN: DE LA PERTENENCIA CULTURAL AL SIONISMO LIBERAL

El ensayo fundamental en que Isaiah Berlin expone sus reflexiones sobre la cuestión nacionalista es “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”<sup>1</sup> y su esbozo, titulado “The Bent Twig: una Nota sobre Nacionalismo”, había sido publicado en 1972 en la revista *Foreign Affairs*<sup>2</sup>. Aunque no de forma tan incisiva y exhaustiva, habría que añadir un par de intervenciones más: unos apuntes dirigidos a un amigo que le había pedido consejo sobre una conferencia, publicados con el título “Notas para una conferencia futura”<sup>3</sup>, y algunos comentarios y respuestas a una entrevista realizada por Nathan Gardels<sup>4</sup>.

La tesis de fondo de “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente” es la constatación del fracaso de los pensadores e intelectuales del siglo XIX que no fueron capaces de predecir la fuerza del nacionalismo como elemento conformador de la sociedad moderna. Fracaso más acusado porque el avance de la genética, la explosión tecnológica y el desarrollo eco-

---

Leah Bonnín es escritora. Su último libro es *Come on, baby!*

<sup>1</sup> Ver nota a pie de página en “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”, pp.415-438, en **Isaiah Berlin**, en *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2000.

<sup>2</sup> *Foreign Affairs*, nº 51, octubre de 1972.

<sup>3</sup> **Berlin, Isaiah**: “Notas para una conferencia futura”, en *Letras Libres*, México, octubre 2001.

<sup>4</sup> **Gardels, Nathan**: “Nacionalismo bueno y malo. Entrevista de Nathan Gardels con Isaiah Berlin” pp.13-16, *Vuelta*, Número 183, México, febrero 1992.

nómico habían creado la ilusión de que era posible descubrir las leyes que gobiernan el cambio social y la historia y, por tanto, predecir el futuro.

Convertidos en nuevos profetas, mayores y menores, los intelectuales se habían enfrascado en la tarea de predecir el futuro. Condorcet profetizó que una ciencia natural del hombre conduciría al final del crimen, la locura y la intolerancia; Saint-Simon predijo un mundo tecnocrático y su discípulo Compté abogó por la formación de una sociedad racional de ciudadanos científicamente adiestrados; Lassalle predicó el socialismo de Estado; Max Weber adelantó el creciente poder de la burocracia; Karl Marx predijo la concentración de los medios de producción en manos privadas y el avance de la industrialización; Huxley avanzó un mundo feliz y genéticamente planificado; Orwell alertó sobre el totalitarismo y el control de las mentes. Algunos acertaron y otros se equivocaron, pero en ningún caso los intelectuales del XIX contemplaron el nacionalismo como potencia social e ideológica para el futuro. Y eso que, advierte Isaiah Berlin en la entrevista que le hace Nathan Gardels, el nacionalismo no resurgía en la contemporaneidad del siglo XX, sino que, como el racismo, era un movimiento muy poderoso y difundido a través de distintos sistemas sociales y “ningún movimiento de izquierdas tendría éxito en Asia o África –en Indochina, Egipto, Argelia, Siria o Irak– sin ir de la mano de un sentimiento nacionalista”<sup>5</sup>.

El nacionalismo había sido visto como una fase pasajera de la evolución de los hombres en tanto que seres sociales. Más que una ideología o proyecto político, el nacionalismo era la expresión de “la necesidad de pertenecer a un grupo fácilmente identificable, (...) un requerimiento natural por parte de los seres humanos: familias, clanes, tribus, estamentos, órdenes sociales, clases, organizaciones religiosas, partidos políticos y, finalmente, naciones y Estados, eran las formas históricas para la satisfacción de esta básica necesidad humana”<sup>6</sup>, un *Volkgeist* o *Nacionalgeist*, como en el siglo XVIII había inventado Johann Gottfried Herder, quien, opuesto a los universalistas franceses de la Ilustración, creía en la pacífica coexistencia de

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p.13.

<sup>6</sup> **Berlin, Isaiah:** “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”, p.420, *Op. Cit.*

las distintas culturas nacionales y entendía la nación como “un conjunto de costumbres y un estilo de vida, una manera de percibir y comportarse que es de valor únicamente porque les [a los miembros del grupo] es propia”<sup>7</sup>, una autodeterminación cultural, una construcción mental no agresiva que al ser humano le serviría para sentirse en casa en algún lugar, con aquellos semejantes con los que comparte una experiencia histórica y cultural colectiva y que, en ningún caso, significaría la superioridad de un pueblo sobre otro. No esa idea de nación como valor supremo de los nacionalistas ante el cual todas las otras consideraciones deberían ceder siempre que fuera necesario, ni la raza y la sangre. Pues su sentimiento nacional no era político y tenía que ver con el suelo, el idioma, los recuerdos comunes y las costumbres; su idea central es que la soledad no es vivir solo, sino “vivir entre gente que no entiende lo que uno dice”<sup>8</sup> y el hombre se define a través de su asociación con los otros.

Según Isaiah Berlin, cuatro son los rasgos que caracterizan el nacionalismo político, al que califica de peligroso. En primer lugar, la convicción de que el carácter del individuo está determinado por la pertenencia al grupo y no puede ser comprendido sin él, de que los valores y propósitos del individuo están definidos por la pertenencia a un territorio, a unas costumbres, a unas leyes, a una lengua o a alguna religión, al parentesco o a las características raciales. En segundo, la comprensión de la nación como un organismo biológico cuyas metas y valores son supremos y, en caso de conflicto con otros valores (intelectuales o religiosos, personales o universales), deben prevalecer, “dado que sólo así la decadencia y la ruina de la nación será evitada”<sup>9</sup>. En tercer lugar, concede valor a lo propio simplemente porque es propio, porque son valores de *mi* nación, de donde he nacido, no porque “conduzcan a la virtud o a la felicidad o a la justicia o a la libertad, o sean ordenados por Dios o la iglesia o el príncipe o el parlamento o alguna otra autoridad universalmente reconocida, o sean buenos o correctos en sí mismos, y por tanto válidos por su propio derecho para

<sup>7</sup> Berlin, Isaiah: “Nacionalismo bueno y malo. Entrevista de Nathan Gardels con Isaiah Berlin” p.13, *Vuelta*, 183, México, Febrero de 1992.

<sup>8</sup> *Ibídem* p.15.

<sup>9</sup> Berlin, Isaiah: “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”, *Op. Cit.* p.424.

todos los hombres en una situación dada”<sup>10</sup>. Y por último, en caso de que las necesidades del organismo nacional al que pertenece sean incompatibles con las de otro organismo, el individuo se ve comprometido a participar en el doblegamiento del contrario, por la fuerza, si fuese necesario.

El nacionalismo proclama una supremacía del “nosotros” frente al “yo”, en completa contradicción con los presupuestos liberales defendidos por Isaiah Berlin y con lo que él considera principio regulador de la civilización occidental, esto es, la concepción de origen kantiano (común a protestantes, judíos, musulmanes y ateos) de que los hombres son “fines en sí mismos” y, en consecuencia, tienen la capacidad de elegir qué hacer y qué ser, por más restringidas que sean sus circunstancias. Porque “todas las categorías, los conceptos, a partir de los cuales pensamos y actuamos recíprocamente –la bondad, la maldad, la integridad y la falta de la misma, y el hecho de atribuirle una dignidad u honor a los demás, y el reconocer que no debemos insultarlos o explotarlos–, el racimo entero de ideas como la honestidad, la pureza de motivos... todas estas nociones con las que pensamos en los demás y en nosotros mismos, a partir de las cuales se pondera la conducta y se adoptan los propósitos, todo eso carece de sentido a menos que consideremos a los seres humanos capaces de tratar de alcanzar sus objetivos por ellos mismos, a través de acciones deliberadas de elección...”<sup>11</sup>.

¿Será posible entonces distinguir entre el nacionalismo bueno y el nacionalismo malo?, podríamos preguntarle a Isaiah Berlin. ¿Dónde está la frontera entre uno y otro? ¿Qué es lo que hace posible que un nacionalismo bueno se transforme en uno malo? O mejor, tal y como le formula Nathan Gardels, “¿qué transforma la aspiración de autodeterminación cultural en agresión nacionalista?”.

Teniendo como punto de partida Alemania, Isaiah Berlin insiste en que el infligir una herida sobre el sentimiento colectivo de una sociedad, o al-

<sup>10</sup> *Ibídem* p.425.

<sup>11</sup> Carta de **Isaiah Berlin** a **George Kennan**, reproducida en *Letras Libres*, 29, págs. 28-31. Madrid. Diciembre 2002 y en *Isaiah Berlin, Sobre la libertad*, Edición de **Henry Hardy** pp.377-385, Alianza Ensayo, Madrid, 2004.

gunos de sus líderes espirituales, constituye la condición necesaria para el nacimiento del nacionalismo. Luis XIV, por ejemplo, habría sido el principal responsable de los orígenes del nacionalismo alemán en el siglo XVII, así como los estereotipos (esos “sustitutos del conocimiento real”) franceses acerca de los alemanes, considerados como “unos patanes cervecedores, provincianos, sencillos, ligeramente cómicos, alfabetizados pero escasamente dotados”<sup>12</sup>, ante los que reaccionó, en particular, el movimiento pietista con una autoafirmación exacerbada y, con posterioridad, en el siglo XIX los alemanes en general transformándose en feroces nacionalistas contra Napoleón.

Algo parecido ocurriría con los rusos en el siglo XIX, tratados por Occidente como una horda de bárbaros, y con los chinos después de las guerras del opio, y con Italia y Polonia. Y en nuestros días, con la respuesta nacionalista de georgianos, armenios, uzbekos o azerbaiyanos a las persecuciones de Stalin o con la balcanización de pequeñas naciones o culturas llenas de orgullo nacional, envidias y odios azuzados por demagogos de índole diversa. Pero también con otras culturas o naciones que no han sufrido persecuciones tan acusadas, o ni siquiera las han sufrido, pero siguen sin encontrar un marco de referencia político adecuado que canalice sus ansias de autodeterminación cultural: “España tiene a los vascos y a los catalanes; Reino Unido, a los norirlandeses; Canadá, a los quebequenses; Bélgica, a los flamencos; Israel, a los árabes...”<sup>13</sup>. Y, por último, Asia y África y sus repúblicas de dictadores escudados tras la bandera nacionalista.

Siendo condición necesaria, las heridas infligidas por una nación a otra nación o a alguno de sus líderes espirituales no siempre desembocan en el nacionalismo. En el ensayo “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”, Isaiah Berlin expone que, además, la nación ofendida debe contar con un grupo o clase de personas, unos líderes culturales o *intelligentsia* consciente, que constituyan un foco de lealtad o autoidentificación y que se encarguen, en tanto que miembros más sensibles, de articular una imagen de esa sociedad como nación, crear un foco interior de resistencia y di-

<sup>12</sup> Gardels, Nathan. Op. Cit. p.14.

<sup>13</sup> Ibídem, p.15

rigir la restauración de la imagen nacional, “aunque sea un embrión, en virtud de algún factor, o factores, de unificación general –lenguaje, origen étnico, una historia común... (real o imaginaria)– ideas o sentimientos que están relativamente articulados en las mentes de los mejor educados y social e históricamente más preocupados (...) aunque no estén articulados, y hasta ausentes, en la conciencia del grueso de la población (...), particularmente si se las enfrenta a algún enemigo común, ya sea dentro del Estado o fuera de él –una iglesia o un Estado de detractores extranjeros”<sup>14</sup>.

Es una incógnita lo que hubiese dicho Isaiah Berlin respecto a esos renovados nacionalismos españoles (catalán y vasco, principalmente, pero también el gallego de los últimos años) que, articulados en torno a movimientos políticos autonómicos o independentistas de minorías sociales que llevan gobernando en las Comunidades Autónomas desde el inicio de la democracia, han conseguido que el discurso y la acción política en torno a la “nación”, el autogobierno o el mayor o menor grado de autonomía, sean las únicas ideas con valor político.

A pesar de la distancia y de los distintos momentos históricos, cabría aplicarles lo que dijo respecto al nacionalismo clásico. Hablaría, por ejemplo, para referirse a ellos, de una nueva máscara nacionalista, de un nuevo camino por el que, desde las instituciones del Estado (parlamentos y gobiernos autónomos que legislan y actúan exclusivamente en función de la “construcción nacional”) se dinamita el Estado y la idea de nación española. Pues los nacionalistas han conseguido lo que Mill y sus discípulos llamarían la *tiranía de la opinión y sentimiento prevalecientes* y se han impuesto hasta tal punto que, hoy en día, en España no hay ninguna formación política, nacionalista o no, que se defina o se presente ideológicamente al margen de los nacionalismos. También podría decir que en aras de la “libertad de la nación” (ese *Freedom Catalonia* que es posible observar, por ejemplo, en manifestaciones deportivas internacionales), la soberanía nacional o la independencia, el nacionalismo (tanto clásico como el renovado) está dispuesto a aceptar, si es necesario, un mal gobierno, mientras enarbole la bandera de la soberanía y la independencia. Pues en su deseo

<sup>14</sup> Berlin, Isaiah: “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”, Op. Cit. pp.429-430.

de reafirmar la personalidad de los de su grupo de pertenencia, de su nación, le basta con que el gobernante sea alguien o algo que pueda representarse como propio, algo que le pertenece y a lo que pertenece, dice Isaiah Berlin en “Dos conceptos de libertad”. Deja de lado otros valores políticos –léanse fraternidad, justicia, libertad, igualdad, equidad– en aras de colmar el “ansia profunda de posición y comprensión (...) y el sujeto a emancipar ya no es el individuo sino la *totalidad social* [la nación] y entonces puede ocurrir que los hombres proclamen, al tiempo que se someten a la autoridad de oligarcas y dictadores”, que esto de alguna manera los libera<sup>15</sup>.

De esta concepción de la nación (cuya existencia depende de factores lingüísticos, religiosos, históricos o geográficos a los que se les otorga un valor de significación añadido), convertida en nueva fuente de legitimidad, se derivan dos tensiones básicas, como señala Roberto García Alonso<sup>16</sup>: la tensión individuo-comunidad, al quedar el individuo supeditado a la comunidad o grupo, y la tensión universal-particular, pues frente a la modernidad de la Ilustración y sus ideales universalistas, que lo reducían todo a un mínimo común denominador, el nacionalismo abogará por la particularidad extrema y la confrontación de singularidades.

Isaiah Berlin fue muy consciente de que el nacionalismo era un fenómeno emergente en distintos lugares del Globo e iba a ser el impulso ideológico de muchos sucesos acontecidos a lo largo del siglo XX: de los movimientos de liberación nacional y de los movimientos independentistas de muchas regiones. Simpatizó con el escritor radical Herzen, que criticaba esa nueva forma de sacrificio por la que los seres humanos eran ofrecidos vivos en los altares de abstracciones como la nación, la iglesia, el partido, el progreso o las fuerzas de la historia, porque para él las situaciones concretas eran más importantes que las aspiraciones a la perfección, y los hombres comunes y corrientes, que despreciaban por igual el fascismo y el comunismo, más importantes que los héroes y “meter a la gente a la fuerza en los uniformes im-

<sup>15</sup> “Dos conceptos de libertad”, en *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, pp.241-243, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2000.

<sup>16</sup> **García Alonso, Roberto**: “El nacionalismo para Isaiah Berlin”; *Socius. Revista Ciencias Jurídicas y Sociales*. Año I, número I. Enero 2007.

pecables que exigen planes en los que se cree dogmáticamente es casi siempre un camino que lleva a la inhumanidad”<sup>17</sup>. Señaló los peligros del racionalismo ilustrado y del romanticismo, a veces ciegos a la verdadera naturaleza de los hombres y en su obra *Los orígenes del Romanticismo* intentó comprender cómo había sido que la fe ilustrada en principios morales universales se había transformado en la exaltación romántica de todo lo que era irracional en la naturaleza humana. Como Herder y Vico, Isaiah Berlin rechazó la idea de la Ilustración de que el hombre, en cualquier país y en cualquier época, tenía valores idénticos, pero trabajó y se empeñó en rescatar lo que tenía de positivo esta visión. La idea de perfección ideal o la aspiración a la utopía no formaba parte de sus categorías de conocimiento, pues las personas estamos condenadas a elegir y cualquier elección implica también una pérdida irreparable.

En tanto que sionista, no fue contrario a los movimientos de liberación nacional –“el nacionalismo moderno debe entenderse como una reacción mundial a la necesidad natural y profunda de los esclavos recién liberados, los descolonizados, un fenómeno imprevisto en la sociedad eurocéntrica del siglo XIX”<sup>18</sup>–, que por otra parte, sólo contempló como propios de los países de África y Asia que habían sido antiguas colonias, y se esforzó en no confundir la lucha contra el opresor colonial con la lucha por la libertad, que era otra cosa. Denunció el peligro de los nacionalismos políticos, pero abogó por una intercomunicación de culturas, porque lo que hace humanos a los hombres está presente en todas ellas, y una pluralidad cultural que nada tenía que ver con el relativismo cultural ni con el multiculturalismo, en especial el derivado de los programas de estudio de algunas universidades norteamericanas.

Ensalzó como valor de la tradición británica la libertad relativa frente a obsesiones políticas, raciales y religiosas, pues “nada es más destructivo que la feliz noción de infalibilidad de uno, o de su nación, que le permite destruir a otros con la conciencia tranquila porque está haciendo el tra-

<sup>17</sup> Berlin, Isaiah: *El fuste torcido de la humanidad (Capítulo de historia de las ideas)*, p. 63. Península, Barcelona, 2002.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p.393.



bajo de Dios (la Inquisición española o los ayatolás) o de la raza (Hitler) o de la historia (Lenin, Stalin)”<sup>19</sup>. Valoró el pluralismo en tanto que negación de la existencia de un único patrón valorativo por encima de todas las culturas, caracteres y actos. Para Isaiah Berlin, el pluralismo significaba el reconocimiento de que los hombres pueden perseguir fines distintos y, a pesar de ello, “ser plenamente racionales, hombres completos, capaces de entenderse entre ellos y simpatizar y extraer luz unos de otros, lo mismo que lo obtenemos leyendo a Platón o las novelas del Japón medieval, que son mundos, puntos de vista, muy alejados del nuestro”<sup>20</sup>. En tanto que liberal, su objetivo fundamental no era la consecución de ninguna perfección, sino el reconocimiento del conflicto y de la diferencia y la aspiración a que los seres humanos no se hicieran demasiado daño entre ellos, “dando a cada grupo humano espacio suficiente para alcanzar sus propios fines particulares, únicos, idiosincrásicos, sin interferir demasiado en los fines de otros”<sup>21</sup>. Sin carismas ni pasiones, sin gritos de guerra que inspiren a los hombres al martirio o a las hazañas heroicas por un ideal.

Dadas las críticas al nacionalismo político, cabe preguntarse sobre el tipo de relación que estableció Isaiah Berlin con el sionismo, ese especial nacionalismo heredero del romanticismo. El punto de partida, inspirado en el nacionalismo cultural de Herder, no puede ser otro más que su convencimiento de que entre las necesidades básicas de los hombres figura la de pertenecer a un grupo, a una tradición que conforma su desarrollo emotivo y físico tanto como sus ideas. Así, el judaísmo y, en particular, el sionismo, colmaron esa necesidad de pertenencia, pero para Berlin, pertenecer fue algo más que la sola posesión de una tierra o la formación de un Estado: la condición necesaria para ser entendido.

No hay, entre los escritos principales de Isaiah Berlin, ninguno dedicado al sionismo. Sin embargo, en no pocas ocasiones aborda la cuestión judía, solapada entre otros ensayos, como en el dedicado a Marx<sup>22</sup>, o di-

<sup>19</sup> Berlin, Isaiah: “Notas para una conferencia futura”, Op. Cit.

<sup>20</sup> Ibídem, p.51.

<sup>21</sup> Ibídem, p.99.

<sup>22</sup> Berlin, Isaiah: *Karl Marx*, Alianza, Madrid, 1973.

rectamente, como en los dedicados a la identidad judía, reunidos en torno al volumen *Trois essais sur la condition juive*<sup>23</sup>. Sin embargo, se proclamó sionista y apoyó la creación del Estado de Israel. En el año 1934 visitó Palestina por primera vez y se encontró con Gershom Scholem. Enviado por el Gobierno británico, trabajó para que Estados Unidos entrara en la Segunda Guerra Mundial, a pesar de ser consciente de que el *Foreign Office* era cautivo de la opinión árabe, y viajó a Israel cuando británicos y judíos estaban en lucha. En el año 1939 tuvo lugar el primer encuentro con Weizman, al que lo uniría una duradera amistad, pero cuando el ya primer presidente del Estado de Israel le hizo la oferta de que fuera jefe del Estado Mayor, Berlin la rechazó, del mismo modo que rehusó asumir la dirección del Ministerio de Exteriores israelí que le propuso Ben Gurion. En el año 1948 escribió a Weizman dejando claro que, aunque siempre sería sionista, no iba a unir su destino al del nuevo Estado. Como ha dicho su biógrafo, Michael Ignatieff, el sionista de toda la vida descubrió que no había lugar para él en Sión.

¿Qué tipo de sionismo defendía Isaiah Berlin? No mantuvo una posición monolítica y única al respecto. Su actitud y su análisis evolucionaron a lo largo de su vida, al calor de la evolución del propio sionismo, de la creación del Estado de Israel y de los acontecimientos políticos después de su creación. Como ha señalado su biógrafo, a Isaiah Berlin se le notaban las marcas del exilio (de Riga a Petrogrado y de ahí a Londres), que “permanecieron en él, leves pero visibles, durante toda su vida: de manera abstracta, en el respeto que le merecía la necesidad de pertenecer; políticamente, en su sionismo; moralmente, en su fascinación por las figuras marginales, rechazadas o airadas de la historia del siglo XIX”<sup>24</sup>. Veía Palestina a través de metáforas muy inglesas y se resistió a la visión de Palestina como una tierra sin gente para un pueblo sin tierra.

El sionismo de Isaiah Berlin tuvo en sus inicios un marcado sentido de pertenencia y de familia, pues su madre lo era, pero después de conocer a Abraham Stern, fundador de uno de los grupos clandestinos más radicales

<sup>23</sup> Berlin, Isaiah: *Trois essais sur la condition juive*, Calmann-Lévy, France, 1973.

<sup>24</sup> Ignatieff, Michael: *Isaiah Berlin. Su vida*, p.52. Madrid, Taurus, 1999.

contra el mandato británico en Palestina, empezó a decantarse por lo que podría definirse como un sionismo liberal. Se identificó con el precursor del sionismo y comunista Mosses Hess, por su independencia de criterio y su integridad intelectual, por no querer introducir a la fuerza los hechos en ningún modelo social o sistema de conocimiento, y le dedicó uno de los ensayos sobre la condición judía. En él subraya que para Hess, la nacionalidad es un fenómeno real y las naciones son el producto de un crecimiento histórico natural, como las familias o los tipos físicos. Por esta razón, a pesar de que, como esa especie de profeta hebraico que era Marx, predicaba la primacía de los fenómenos económicos sobre los políticos y la emancipación del proletariado asalariado, Hess se diferenció de aquél al concluir que la condición de los judíos en la Europa moderna era imposible de resolver mediante la receta liberal de la asimilación.

Isaiah Berlin defendía la existencia del Estado de Israel como condición necesaria para la libertad judía. Según esta concepción, el Estado de Israel permitiría a los judíos huir de los estereotipos y de su historia, ya que los judíos tenían que gozar del mismo derecho que los demás a elegir la asimilación, la emigración, la separación o cualquier otra opción, tal y como esgrimirá en respuesta al artículo en que Arthur Koestler afirmaba que los judíos de la Diáspora sólo tenían dos alternativas, la asimilación plena o la emigración a Israel.

Más liberal que sionista, Isaiah Berlin “negaba que hubiera una sola manera de vivir una vida judía [y que] ... Era una forma de tiranía intelectual el suponer que una de esas alternativas tenía que ser la indicada para todo el mundo. [porque] Si las exigencias de la religión y la tradición prevalecían por encima del derecho del individuo a elegir su vida, los judíos no harían sino sustituir la esclavitud impuesta por los gentiles por la esclavitud autoimpuesta por la comunidad”<sup>25</sup>.

Una actitud que lo distanció del sionismo de Ben Gurion, pero, salvando las distancias, lo acercó a la visión de Yeshayahu Leibowitz (1903-1994), al que había conocido de joven, en Riga y al que, con posterioridad, calificó

<sup>25</sup> *Ibíd*em, pp.251-252.

como “la conciencia de Israel”: “He seguido con admiración los puntos de vista y las acciones de Yeshayahu Leibowitz, y lo que me ha hecho tan profunda impresión es la inquebrantable moral y la posición política que ha sostenido durante tantos años, a pesar de las presiones recibidas de quienes le insistían para que fuese sensible, realista y no cediera ante el enemigo, no fuese contra la corriente de la sabiduría convencional. Pero él resistió las presiones y no bajó la guardia (...). Yeshayahu Leibowitz es seguramente uno de los grandes valores morales de Israel (...). Afortunada la sociedad que tiene hombres así que hablan en nombre de ella”<sup>26</sup>.

En los ensayos reunidos su emblemático *Judaism, Human Values, and the Jewish State*<sup>27</sup>, Yeshayahu Leibowitz, sionista convencido y judío ortodoxo que se identificaba con el judaísmo de la *Halajáh* (ley judía), creía en la autodeterminación nacional del pueblo judío y en su derecho a ser soberano en su propia tierra, pero se negaba a ver el Estado de Israel como la realización mesiánica de ningún designio divino: “No tenemos derecho a vincular la emergencia del Estado de Israel al concepto religioso de redención mesiánica, con su idea de regeneración religiosa del mundo o, como mínimo, del pueblo judío. No hay justificación para envolver este acontecimiento histórico-político con un aura de santidad”<sup>28</sup>. Y lo decía porque no quería que la religión se convirtiese en un instrumento político al servicio de la burocracia gubernamental. Insistía en la función instrumental del Estado y la política y advertía de que la santificación de algo secular como el Estado, además de ser una forma de idolatría, era algo moralmente pernicioso, puesto que en la defensa de sus intereses sería posible justificar cualquier tipo de acción. Distinguía de una forma muy estricta entre lo moral y lo religioso, afirmaba que no hay una moralidad o una forma de hacer política específica judía, ni una especial concepción de la sociedad judía y que no hay separación entre judíos y no judíos, sino entre individuos entre sí, algo que debía de ser muy del gusto de Isaiah Berlin. La controversia entre judíos y no judíos era sólo una cuestión rela-

<sup>26</sup> **Leibowitz, Yeshayahu:** *Judaism, Human Values, and the Jewish State*, translated by Eliezer Goldman (Cambridge: Harvard University Press, 1995)

<sup>27</sup> **Leibowitz, Yeshayahu:** Op. Cit.

<sup>28</sup> *Ibídem* p.175.

cionada con el servicio a Dios, que Leibowitz contemplaba a través de la observancia de la Toráh y las *mitzvot* (preceptos). Por todo ello, Yeshayahu Leibowitz apoyó a los objetores que rechazaron servir en el ejército israelí en los territorios ocupados después de 1987.

Aunque no se consideraba un judío creyente, Isaiah Berlin consideraba que, en el caso de que hubiera observancia, ésta tenía que ser todo lo auténtica, tradicional y próxima a la fe antigua como fuera posible. El judaísmo aparece como el marco de referencia intelectual y sentimental en el que se inscribe y al que pertenece. Habla de los judíos como hombres impregnados de historia, con un sentido de continuidad entre el pasado (cuando tenían un país propio y colonias en África del Norte y Asia) y el presente, que habiéndose iniciado en la emancipación ilustrada se extiende hasta la formación del Estado de Israel. Y lo que más le importa de todos aquellos personajes a los que analiza es su situación de judíos emancipados, su pertenencia a una minoría que aspira a identificarse con la mayoría (“los judíos de Occidente, los elementos más conmovedores puesto que, sin ser sostenidos por la rigurosa disciplina de su fe, se encontraron frente a un mundo nuevo y poco acogedor; lleno de maravillas, pero también de peligros; donde el menor paso en falso podía ser fatal... en el que la ignorancia, la angustia, la ambición, el peligro, la esperanza y la alarma eran los alimentos de la imaginación”<sup>29</sup>, algo imposible, después de la experiencia de la Shoah, pues “lo trágico de la condición de los judíos era que no tenían ante ellos ninguna elección verdadera”<sup>30</sup>).

El sionismo de Isaiah Berlin procede de una necesidad, no sentimental ni intelectual, no ideal, sino real: la de los judíos de poseer un lugar al que acudir, un lugar en el que “puedan ser agradables y desagradables, comunistas, liberales, conservadores... e incluso puedan preconizar el fascismo (...) sin que ello sea motivo de inquietud trágica ni desespero para los judíos en su conjunto, como lo fue en otra época”<sup>31</sup>. Estado, pues, como la

<sup>29</sup> Berlin, Isaiah: “Benjamin Disraeli, Karl Marx, et la recherche d’une identité” p.19, en *Trois essais sur la condition juive*, Calman-Lévy, France, 1973.

<sup>30</sup> Berlin, Isaiah: “Les Juifs: de la servitude à l’émancipation”; en Op.cit., p.191.

<sup>31</sup> Ibídem, p.200.

satisfacción de una necesidad no inventada en función de una antigua herida inflingida, sino real, después de la muerte de los seis millones de judíos. Una opción que poco tiene que ver con la de aquellos nacionalismos a los que criticaba por más que hubieran adquirido un poder inesperado.

En cuanto a su biografía, cabe decir que en los últimos años de su vida se mostró un poco perplejo en relación a sus sueños sionistas, se posicionó a favor de dos Estados y se alineó con la organización Shalom Ajshav, organización fundada en 1978 y vinculada a la izquierda israelí que aboga por el reconocimiento del derecho de los palestinos a tener un Estado independiente.